

LECTURAS
DE LOS

domingos

El mundo se ha olvidado del fascismo, y el fascismo parece haberse olvidado del mundo. Este aparente juego de palabras no hace más que representar un hecho: el último país convertido al fascismo "stricto sensu" es Alemania en 1933, luego de esto el fascismo como modelo político alternativo (con la dudosa excepción de la España franquista, o el Portugal de Salazar o las naciones ocupadas por Alemania durante la segunda guerra mundial) no se ha implementado en país alguno. Los movimientos fascistas luego de la segunda guerra mundial suelen ser poco más que sectas adoradoras de supuestos pasados gloriosos y poco más que eso.

Unamuno, el fascismo, y los límites de la racionalidad

—Escribe Pablo Ney Ferreira (político) —



han habido por supuesto regímenes autoritarios y totalitarios de diversa índole: civiles, militares, cívico-militares, etc... pero ninguno que merezca la clasificación de régimen fascista.

Hecha esta afirmación sin ninguna pretensión valorativa, vamos a analizar las vinculaciones de la racionalidad o irracionalidad (¿es esta una forma de racionalidad distinta?) del fascismo con la cultura y particularmente con los intelectuales. Para esto vamos a ver un caso paradigmático que representa la actitud del fascismo frente a la cultura denominada por éstos despectivamente como "liberal".

Miguel de Unamuno fue sin duda un protagonista (o un agonista) fundamental del agitado quehacer cultural español del primer tercio del siglo.

Vasco de nacimiento, Unamuno se doctora en Filosofía y letras en 1880 con una memoria sobre el vascuence, y va a luchar por una cátedra hasta que en la muy célebre Universidad de Salamanca se le otorga una donde enseñará el griego.

En 1901 es nombrado rector de la citada Universidad pasando a ocupar la cátedra de Lengua española. En 1914 es destituido del cargo de rector a causa de sus actividades políticas: es la dictadura de Primo de Rivera. Huye a Francia y llega a París, pero esta ciudad le irrita y baja a instalarse en la tierra vasca de Hendaya, donde permaneció hasta la caída de la dictadura. Es entonces en 1931, proclamada la República cuando es nombrado rector vitalicio de la Universidad de Salamanca.

La obra intelectual de Unamuno es bastante peculiar. Asistemática, muy variable y de difícil clasificación, la obra de Unamuno toca temas tan diversos como política, religión, moral, literatura, filosofía, arte, filología, etc...

Su estilo intelectual en cuanto a género también es de lo más variado, va desde la novela, el teatro, la poesía, hasta el ensayo, posiblemente el género en el cual él se sentía más cómodo y desde donde se podía expresar mejor. También Unamuno en cuanto a su ontología y a su pensamiento filosófico y religioso va a coquetear con el existencialismo de Kierkegaard, pero éste sería otro tema que no podemos tratar aquí.

Al comenzar la guerra civil española en 1936, el autor "Del Sentimiento trágico de la vida", se pronuncia contra el Comunismo simpatizando con el bando nacional, pero poco tiempo más tarde una conferencia marcará su vida, y con ella la vida de España.

¡Viva la muerte!

El 12 de octubre durante un acto celebrado en el paraninfo de la Universidad de Salamanca con motivo del Día de la Raza, y estando presente el obispo de Salamanca, el gobernador civil, la señora de Franco y el tristemente célebre general Millán Astray, ocurrió lo que sigue.

Como maestro de ceremonias obraba Miguel de Unamuno. El primero en hablar fue Millán Astray, atacando fuertemente a Cataluña y a las provincias vascas describiéndolas como "cánceres en el cuerpo de la nación". Esta es una visión organicista del cuerpo social, típica de los autoritarismos y presente por cierto en

las dictaduras latinoamericanas. El líder, la autoridad, etc... deben extirpar el cáncer social del "cuerpo de la nación", si es preciso por medio de una cirugía violenta.

Luego de los dichos de Millán Astray, desde el fondo del paraninfo una voz grita el lema favorito de Millán Astray: ¡Viva la Muerte!; inmediatamente y siguiendo la épica liturgia del fascismo Millán Astray dio los habituales gritos excitadores del pueblo: ¡España! gritó el general, inmediatamente se escuchó el grito a coro de ¡Una! ¡España!, volvió a gritar Millán Astray, ¡Grande! aclamó el coro fascista. Y finalmente al grito final de ¡España!, respondió un ¡Libre! que ocasionó la catarsis de los militantes falangistas, quienes camisa azul y brazo en alto saludaban ese mortal ataque a la inteligencia y a la racionalidad humanas.

Franco observaba esa imagen trágica desde su retrato sepia omnipresente en toda ceremonia pública en la España pos-Guerra Civil, vigilando la emoción de sus acólitos.

Evidentemente una persona como Unamuno no podía dejar pasar el asalto a su templo universitario de la razón por la turba avasallante de la irracionalidad, y frente a ese público y ante el auditorio de la historia dice: "Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien, y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces, quedarse callado equivale a mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia. Quiero hacer algunos comentarios al discurso —por lla-

marlo de algún modo— del general Millán Astray que se encuentra entre nosotros. Dejaré de lado la ofensa personal que supone su repentina explosión contra vascos y catalanes. Yo mismo, como sabéis, nací en Bilbao. El obispo —y aquí Unamuno— señaló al tembloroso prelado que se encontraba a su lado— lo quiera o no lo quiera, es catalán, nacido en Barcelona". Ante un silencio sepulcral continúa Unamuno: "Pero ahora acabo de oír el necrófilo e insensato grito, "Viva la muerte". Y yo que he pasado mi vida componiendo paradojas que excitaban la ira de algunos que no las comprendían, he de deciros, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero desgraciadamente en España hay ahora demasiados mutilados. Y si Dios no nos ayuda, pronto habrá muchísimos más. Me atormenta el pensar que el general Millán Astray pudiera dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados a su alrededor". En este preciso momento Millán Astray interrumpe el discurso de Unamuno al grito de "¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte!", clamoreado vivamente por los falangistas presentes. Pero Unamuno prosiguió: "Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy

su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pedirlos que penséis en España. He dicho". Una larga pausa siguió al final del discurso, el fascismo había sido herido de muerte allí donde es más vulnerable, en el invencible campo de las ideas.

Unamuno morirá poco después durante su arresto domiciliario, esta fue pues su última conferencia.

Fascismo y racionalidad

Si una característica puede definir al fascismo de por sí sola esta es la acción directa. La acción directa revolucionaria es algo que los fascistas valoraban mucho. Su militantisimo exacerbado aborrecía a los llamados diletantes, sres que pensaban las cosas demasiado y que no llegaban nunca a lo concreto, a la acción directa revolucionaria. Su carácter irracional los lleva inevitablemente a la violencia contra todo lo que contradiga "la verdad". Esta verdad tiene algunas características interesantes, es eterna, no admite contradictores, por lo tanto no es refutable, es inmune a la razón, es violenta, dogmática y por sobre todas las cosas es activa.

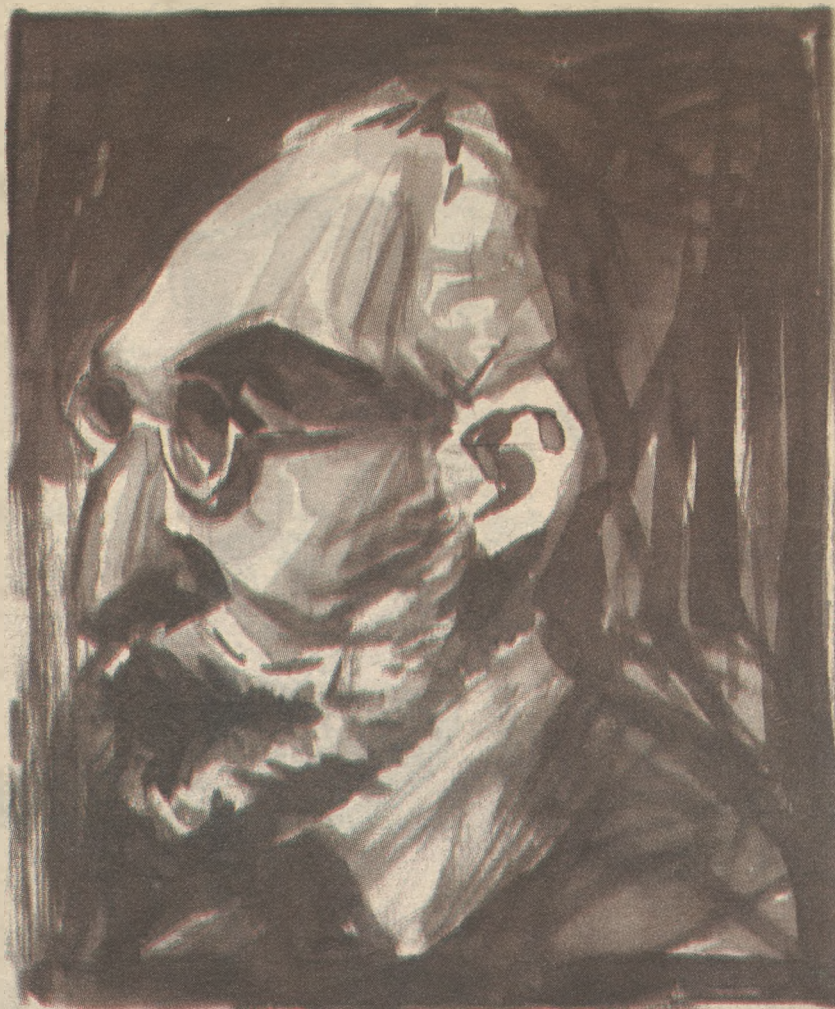
La razón de la sinrazón es la apoteosis del fascismo, y ellos se vanagloriaban de ello, su irracionalismo es indestructible, ya que está basado en principios eternos y por lo tanto imperecederos.

De allí su odio particular sobre el liberalismo, enemigo de todos los dogmas, o fanático del dogmatismo de la libertad, del libre albedrío y de la discusión interminable en la búsqueda de una verdad posible o de las verdades posibles, por la vía de la discusión en el reino de la diversidad.

Como dice Renzo di Felice, un estudioso del fascismo: "Mientras Descartes subrayaba la legitimidad de la duda y el derecho del individuo pensante, el totalitarismo moderno ha reafirmado una pretensión al absolutismo análoga a la de la fe medieval".

La pretensión universalista de quien se cree poseedor de la verdad es inevitable. Sucede con todos los movimientos irracionales o basados en la fe, llámese iglesias, totalitarismos de izquierda, de derecha, o cualquier movimiento con pautas indiscutibles a priori. Todos estos movimientos mesiánicos causan disfunciones a la sociedad civil y política, ya que al creerse poseedores de una verdad única e indiscutible, pretenden "salvar" a todos los "equivocados" del mundo e imaginan cruzadas moralizadoras o benefactoras en nombre de un "pueblo" que no es más que un sinónimo de "nosotros" o sea de los integrantes del grupo, sea este pequeño o tan grande que lo integren todos menos una persona.

Esc fue el pecado de Unamuno, querer discutir lo indiscutible. Discutir con personas que no estaban dispuestas a escuchar argumentos más profundos y humanitarios que el lúgubre alarido casi salvaje de "¡Viva la Muerte!", o el tonto estallido de una bomba.



ILUSTRACION GUSTAVO SERRANO